

vez esta página del *Quijote* inspiró á Metterlinck uno de sus poemas dramáticos. Ello es que D. Quijote, confundiendo como siempre lo real con lo ideal, toma los títeres por los mismos personajes que representan, y cree que el drama pasa al pie de la letra, que Melisendra, es Melisendra; D. Gaiferos; D. Gaiferos; Marsilio, Marsilio, y Carlomagno, Carlomagno; arremete contra ellos, para defender á los enamorados, y en dos credos no deja títere con cabeza. Si D. Quijote viese claro, comprendería que todo aquel retablo eran no más que figurillas de pasta y de cartón; y si viese más claro todavía (con la dolorosa claridad que hace irreconciliables al alma y al destino), acabaría de enterarse de que tampoco el titerero maese Pedro es maese Pedro, sino el ladrón y truhán Ginés de Pasamonte, el mal agradecido á quien un día libertó de las cadenas el ingenioso hidalgo, y que en pago hurtó á Sancho Panza su rucio. Tal es el resultado de la investigación y el fruto de la penetración: los héroes, reyes y princesas son marionetas, y el que las mueve es un galeote.

\* \* \*

No se crea que las marionetas carecen de historia y pergaminos literarios. Recientemente pagó tributo á la literatura de marionetas un autor tan refinado como Mauricio Metterlinck. Jorge Sand ha escrito para marionetas un sin número de obras teatrales. En una farsa popular de marionetas encontró Goethe la idea de *Fausto*. En Italia, los fantoches y los *pupazzi* constituyen el espectáculo más nacional. Nuestros toros, con su sangriento aparato, agradarían menos en Italia que esos muñecos poéticos, que se reparten trazos inofensivos, que aman sin corazón, que odian sin hígado, que fallecen sin haber espirado nunca sople vital. Mientras nuestro cruento realismo exige el drama que destroza, palpable y auténtico—como exigimos á las efigies color y vestiduras de tela—el elegante idealismo italiano se contenta con la ficción, la mentira de los *pupazzi*.

\* \* \*

Las marionetas propiamente dichas son las manejadas por hilos; los *pupazzi* son las figurillas movidas por la mano. Estas se prestan mejor á lo cómico: las primeras, á lo dramático *irreal*. Su modo de deslizarse por el escenario, sin pisar, tiene mucho de esa suavidad ingravida que caracteriza á las apariciones. Si un velo transparente se interpone entre el espectador y la marioneta; si los prestigios de la luz eléctrica adoptada á lo escénico las envuelven y las desmaterializan, nos transportan fácilmente á la región de los ensueños. Tal es quizás la causa del prestigio que las marionetas ejercen hoy sobre los inclinados al modernismo. Estamos en una época en que lo demasiado verdadero abruma el alma.

\* \* \*

Voy á referir aquí una anecdotilla de mi vida literaria, que podrá interesar hoy por enlazarse con el centenario del *Quijote*. En mis «Memorias literarias» hay varios casos análogos, y sirven para enseñar qué nivel intelectual alcanzan, generalmente, los que se dedican al *sport*, ya algo pasado de moda, de roerme los zancajos.

No ha muchos días, como *El Imparcial* hablase de adquisición de la casa de Argamasilla de Alba que la tradición supone prisión de Cervantes, di la voz de alarma, advirtiendo que las más recientes investigaciones críticas van contra la autenticidad de esta tradición.

Al hacerse cargo de mis indicaciones, *El Imparcial* me dirigió una excitación para fomentar en Galicia el entusiasmo cervantino, ya que Cervantes fué oriundo de Galicia, de las montañas de la provincia de Lugo.

Cogí la pluma y escribí otra carta á Mariano de Cavia, para decirle, á riesgo de molestar y desilusionar á bastantes paisanos míos, pero en aras de la veracidad y de la buena fe, que tampoco la indagación de los más competentes escritores que tratan á Cervantes y su biografía permite creer que Galicia sea el solar del autor del *Quijote*.

Y he aquí que acabo de recibir por el correo un periodiquito de Tomelloso, donde me ponen como hoja de perejil por haber discutido la leyenda de Argamasilla de Alba, pero más todavía por «haberme empeñado en ser paisana de Cervantes.»

¿Lo oyen mis lectores? Pues es lo mismo que se lo cuento: no invento este rasgo, ni rasgos de tal naturaleza pueden inventarse. Y así, con esta información y esta probidad, he sido siempre atacada, no ya por los periodistas de Tomelloso, sino por gente que pretendía tener cartel literario.

Ello le demostrará á mi amigo Unamuno que no hay cosa más indigesta que las verdades. Si yo dejase correr lo de Argamasilla y lo de la oriundez gallega de Cervantes, á estas horas no me querrían mal ni gallegos ni manchegos. En justo honor de los de mi tierra debo decir que hasta la presente no sé que les haya parecido mal mi rectificación. Dan así una prueba de cultura, pues no son asuntos que se resuelvan ni arreglen con manotear é injuriar: sólo se esclarecen leyendo, estudiando, revolviendo papeles, y ofreciendo el fruto de las vigiliadas, en serena labor, á la interpretación de la historia literaria.

\* \* \*

A decir verdad, no me explico el afán de los pueblos y pueblecillos en sostener, contra el dictamen de los inteligentes, que

aquí de Elio Adriano  
de Teodoro divino,  
de Silio peregrino,  
rodaron de marfil y oro las cunas.

Los pueblos deben interesarse muchísimo en poseer:

- I.—Excelentes vías de comunicación.
- II.—Establecimientos fabriles é industriales.
- III.—Higiene, alcantarillado moderno, desinfección constante.
- IV.—Agua, muchísima agua.
- V.—Luz, mucha luz.
- VI.—Escuelas en número suficiente, con profesores idóneos y celosos.
- VII.—Bibliotecas, en vez de casinos con timba.
- VIII.—Gente emprendedora, diputados formales y útiles, caciques (si no hay otro remedio) que al menos no pertenezcan al número de los presidiables.
- IX.—Párrocos de buenas costumbres y ejemplo.
- X.—Prensa que eduque, enseñe y distraiga y no habitúe á los lectores á las formas inciviles y descorteses y á la insulsez y pequeñez de espíritu, unida á la inexactitud en la información.

Todo lo cual deseo muy de veras á los habitantes de Tomelloso.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La idea modernista del teatro de marionetas, que empieza á tomar cuerpo en Madrid, me hace pensar en el origen y desarrollo de esta forma peculiar del arte dramático, en la cual no puede menos de descubrirse profundo simbolismo.

Como nadie ignora, las marionetas son regidas por hilos más ó menos invisibles, ó por manos fuertes y diestras que las revisten de ilusión y de movimiento espontáneo; y esta disposición de las marionetas da que reflexionar. Acaso á la humanidad, en conjunto, le sucede exactamente lo mismo. Creemos vivir, y *nos viven*, ó mejor dicho, nos comunican apariencias de vida esos cordelitos y esos dedos ocultos que agitan nuestros brazos mientras una voz finge salir de nuestra boca y realmente parte de entre bastidores. Si la marioneta pudiese hablar, protestar, ser persona, ¡qué de cosas diría; cómo desmentiría el papel que la obligan á representar mecánicamente!

\* \* \*

Pero la marioneta no puede resistirse. Es de palo, cartón y retazos de tela, con talco y oropeles. Impasible, yerta, sin risas y sin lágrimas, la comedia y la tragedia pasan por ella sin penetrarla y sin conmoverla un instante. Así que los hilos se aflojan y los dedos se fatigan, la marioneta cae como un guñapo al suelo y allí se queda difunta, hasta que la resucita á su existencia fantástica el antojo de los dedos ó de los hilos...

Ha habido marionetas desde que el hombre pudo sentir pruritos de arte, de queja, de imitación, de exteriorización de la fantasía. El juguete, en la protohistoria, se confunde con la marioneta; la muñeca articulada aparece en las viejas sepulturas, sana y entera, mientras los huesos del que con ella jugó y se entretuvo son ceniza impalpable. Las religiones—madres del teatro—también cultivaron la marioneta. El hórrido Moloch que Flaubert describe en *Salambó*, con sus brazos articulados que por medio de cadenas recogen á la criatura ofrecida en holocausto y la elevan hasta introducirla en el candente horno de su pecho, no es sino una marioneta-ídolo. El mismo nombre de *marioneta* ó *marioneta* procede de las vírgenes articuladas que á docenas se vendían en la Edad Media. En las catedrales encontramos la marioneta que no habla, pero gesticula, y es el Papamoscas de Burgos, el Moro de Barcelona, el maragato y la maragata del reloj de Astorga, figura cómica, que asumía con gesto vital la inmovilidad de la estatua y la gravedad de la piedra.

Cervantes—de actualidad ahora—nos ofrece en el *Quijote* una página de marionetas, en la cual, voluntaria ó involuntariamente, hay plétora de simbolismo. Es la del retablo de maese Pedro, y la representación de las aventuras de Gaiferos y Melisendra. Tal